



Mujer saludando á un anciano

INDOSTÁN. EN LAS MONTAÑAS AZULES (*Nilgiris*).—UN Mand DE TODAS.—Reproducción directa de fotografía enviada por el R. P. Tignous. (Pág. 179)

CARTAS DE MISIONEROS

SIANFU (CHINA)

Del R. P. José M.^a de Iruarrizaga, franciscano, á quien recordarán los lectores de *Las Misiones Católicas* por los artículos que en ellas publicó durante su reciente viaje por España, acaba de llegar felizmente á su remota Misión y se apresura, en su amabilidad, á desde aquellas remotas regiones enviarnos afectuoso saludo. Nos cuenta las penalidades de su viaje y al final nos pide una limosna para el nuevo Seminario que construye; ¿desoíremos la voz de nuestro compatriota que tantos años hace trabaja con incansable celo por la conversión de la parte de la China que le ha confiado el Señor?

CARTA DEL RDO. P. FR. JOSÉ MARÍA DE IRUARRIZAGA,
FRANCISCANO

ME apresuro á comunicar á *Las Misiones Católicas* que, por fin y gracias á Dios, después de un viaje de más de dos meses, he llegado sano y salvo á mi Vicariato, el Shensí septentrional. El viaje por los mares Mediterráneo, Rojo, Indico y de la China y por el caudaloso río azul ó *Yan-tse-chiang*, fué por todo extremo feliz y próspero. Desde de Singapore á Shanghai tuvimos algunos días de fuerte temporal; el barco, no obstante sus nueve mil toneladas, bailaba y se agitaba bruscamente de arriba abajo y viceversa, en el entretanto que el pasaje sufría las amarguras del mareo. Gracias á Dios, yo no tuve ni un momento de intranquilidad, y

AÑO XVIII.—NÚM. 363

en medio de agitación tanta, dormía buen sueño, comía con apetito, estudiaba, leía, paseaba...

Del puesto donde desembarqué hasta el fin de mi viaje aún me faltaba recorrer el trayecto más pesado; no pocas jornadas á caballo por el interior de la China, jornadas desesperantes, cruzando llanuras, salvando montes y vericuetos, durmiendo en sucias hospederías sin esperanza de hallar alimento sustancioso, ni aguas que puedan beberse sin repugnancia. Imposible describir lo que sufrí durante aquellos once días. No puedo detenerme á detallar las una y mil miserias y peripecias que durante tan fatigoso viaje me sobrevinieron. Necesitábase conocer los áridos desiertos y llanuras inmensas que se encuentran en tan prolongada caminata, para comprender las incomodidades de que se ve rodeado el misionero que se interna en la China. Para resignarse á sufrir todo ello con paciencia es necesario reflexionar sobre el mérito espiritual que sin duda alguna se adquiere en estas ocasiones, y sobre la Pasión y muerte del Redentor. ¡Oh, si la gente del mundo comprendiese el sacrificio, y sacrificio voluntario á que se resigna el apóstol de Cristo á trueque de conquistar una sola alma para Dios! «¡Cuántos creen ver en el pastor evangélico una persona apegada á las comodi-

15 DE AGOSTO DE 1910

dades!» Y es que sólo quien observa de cerca sus privaciones, quien le sigue á lo largo de fatigosísimos viajes por caminos desconocidos, podrá ser imparcial en sus juicios y emitir un voto en favor y defensa de quien abandonando parientes, amigos, patria y las más caras afecciones del corazón y con el único fin de consolar el infortunio, se dirige á lejanas é inhospitalarias regiones. Rendido, cansadísimo, con los huesos magullados y el cuerpo negro de parásitos, semimuerto llegué á Sianfu, principal residencia del Vicariato.

Estando en esa, que es la casa de todos Vds., amigos y favorecedores que me leen, recordaba que mi buen amigo el Director de *Las Misiones Católicas* me encargó que al llegar á China no dejara de escribirle, pues habría sin duda materia para correspondencia, narrando impresiones de viaje, etc., etc. Debo advertirle á mi amigo que un viaje por el interior de la China con buen tiempo no carece de escenas poéticas sumamente agradables, pero por desgracia esta vez me ha tocado caminar con tiempo horrible de lluvias, fuerte viento y alternativas de nieve, así que la única impresión que me queda es la de la fatiga, que me ha costado varios días de retiro entre acostado y levantado del lecho.

En cambio, no olvidaré nunca el sencillo, pero simpático recibimiento de que á mi llegada á ésta fuí objeto por parte de todos, especialmente de las niñas de la Santa Infancia. ¡Pobrecitas! Levantadas las manos y prorrumpiendo en gritos de entusiasmo me rodeaban, conmoviéndome sus demostraciones de afecto. En verdad que mi satisfacción interior corría parejas con la alegría de las niñas y parecía haber ya echado en olvido todas las fatigas del viaje y como que querían surcar por mis mejillas lágrimas de consuelo. ¿Y como no, mis buenos amigos, al ver la algarabía de aquellas angelicales niñas, hablando todas á la vez sin tono, sin orden, sin medida, y las más grandes lo mismo que las más pequeñas, esforzándose todas en darme las más sinceras pruebas de satisfacción y cariño, asaltándome al propio tiempo con todo género de preguntas á las cuales apenas si daban tiempo para responder? Antes de emprender el viaje para España había sido, aunque indigno, su Padre espiritual, y como hacía más de un año que no me habían visto, ¿cómo podían no expansionarse á mi llegada, no regocijarse conmigo?

Por esta vez voy á terminar aquí. Pero antes quiero añadir que he sido nombrado director y profesor del Seminario de este Vicariato. Estamos construyendo un nuevo Seminario, todo de nueva planta; claro es que los gastos han de ser muchos y yo, como director, estoy interesado en que se introduzcan algunas cosas necesarias para la higiene. ¿Querrán ayudarme en esta nueva empresa mis amigos de España?

NOTICIAS VARIAS

Bélgica.

El Gobierno católico.—La Exposición Universal de Bruselas está llamando la atención del mundo civilizado hacia la prosperidad de este pequeño reino. Los habitantes de Bélgica son ahora los que pagan menos tasación que en cualquier otro país del mundo. Según una estadística del año 1900, los franceses pagan por término medio 75 francos de contribuciones

anuales, los ingleses 65, mientras los belgas pagan tan sólo 29 francos por cabeza. Este pequeño reino, cuyo territorio es sólo la décima parte del de Nuevo México, es sin embargo la quinta potencia del mundo en cuanto á comercio exterior; sólo la preceden Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos y Francia. Pero ocupa el primer lugar de todas, si se toma en cuenta el número de habitantes. En 1884, cuando el partido católico llegó al poder, la suma de las exportaciones é importaciones era de 2,763 millones de francos; en 1906 ascendía á 6,248 millones.

Guinea española

Nueva Reducción.—El domingo, 19 del que cursa, tuvo lugar la inauguración de la nueva Capilla-Reducción, recientemente construída en el territorio llamado Zaragoza de Itomu, entre el Timbabé y el Sampaka; la cual está dedicada á Nuestra Señora del Pilar. A las sagradas ceremonias, y en particular á la Misa cantada, asistieron los señores europeos del contorno y muchos indígenas. En medio de la universal alegría, una cosa principalmente se echaba de menos: en la diminuta espadaña en que remata el tejado, no dejaba oír sus alegres sonidos ni siquiera una pequeña campana que diera realce á la fiesta. Hacía temer que fracasara la fiesta el haber los infieles señalado el mismo día para hacer sacrificios especiales á sus ídolos á media hora de la Reducción, pero no fué así, gracias á Dios. El Señor haga que este nuevo centro de civilización cristiana prospere por las sendas del verdadero progreso espiritual y material, para bien de la Colonia y de nuestra amada Patria.

Liberia (Africa)

Apuros de la república negra.—Los indígenas llamados Creoles, tribu muy valiente y numerosa, están en abierta rebelión contra los Liberianos, ó sea la parte que gobierna la república negra. Parece ser que las hostilidades han tenido principio por la muerte de un Misionero liberiano por dichos Creoles, quienes allá, á últimos del pasado Febrero, atacaron á Cabo Palma con una fuerza respetable. Los Liberianos, aunque inferiores en número, defendiéronse bizarramente, resistiendo los varios asaltos y ataques á la plaza. Disponían los Creoles de rifles de última patente de adelanto y un cañón cuyas granadas llegaron á los mismos muros de los edificios de los Agentes de la Compañía Elder, Dempster Co., destruyendo parte de ellos. En seguida se mandó aviso á la capital, pidiendo soldados y armas; pero el Gobierno no pudo mandar más fuerza, por carecer de ella.

De suerte que los habitantes de Cabo Palmas, cinco ingleses y tres alemanes, hubieron de defenderse como pudieron. Después de tres días de lucha pudo evadirse un tal Mr. Taylor en un bote, que por cierto fué muy acribillado. A esta tribu revoltosa se ha unido otra llamada de los Grabis.

Parece ser que la lucha se ha extendido hasta la misma capital Monrovia. Los rebeldes han levantado barricadas á la entrada del río pequeño y desde ellas hostigan á las factorías inglesas y alemanas que están en la parte opuesta frente al río. Los Liberianos han colocado junto á la factoría inglesa un cañón, y desde el mar les ayuda el cañonero «Lark» Liberiano, sin conseguir desalojarlos de sus barricadas.

Argentina.

Fin de las fiestas del Centenario.—La Argentina ha puesto las fiestas del Centenario de la Independencia bajo el amparo de la Santísima Virgen. El domingo 15 de Mayo las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, acompañadas de un inmenso gentío, se dirigieron en peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de Luján para rendir homenaje público, solemne y oficial de su adhesión y gratitud á la Reina de los cielos, reconociéndola como Patrona de toda la República.

THIBET (ASIA).—EXODO DEL GRAN LAMA

S. Mary's Kurseong, 19 Marzo 1910.



El despertar del Asia parece será el más importante y trascendental de cuantos acontecimientos grandes sea testigo el siglo XX. En el corazón del viejo continente acaba de desarrollarse una crisis que apellidaremos característica. Hasta ayer el Thibet era el país misántropo por excelencia, hostil á la civilización, enemigo fiero de cuanto de Europa venía, y guardador celoso de sus secretos seculares; pues también el Thibet acaba de ser lanzado á la irresistible corriente de la civilización.

Y lo más sorprendente es que el choque ha venido por donde menos se esperaba. Apenas salida de su casi eterno letargo, ella que tan lentamente aún va despojándose de los pingajos de la interesante rutina ancestral, la China acuerda que ha sonado la hora de que los lamas adquieran aires de hombres civilizados. Los acontecimientos que se han desarrollado en nuestras montañas del Sikkim serán patrimonio de la historia: esperando que los recoja esta señora, creemos interesante recoger á fuer de cronistas algunos de los rasgos más salientes.

A fines del próximo pasado mes nos enteramos que tras las altas montañas coronadas de nieves perpetuas que nos separan del Thibet se desarrollaba un drama político. Tropas chinas venidas del Sechuen avanzaban triunfantes saqueando los monasterios budistas, destrozando sagradas imágenes, y llevando sus audaces profanaciones hasta atarse á los pies los *libros santos*, cual si fueran las suelas de sus zapatos. Contaban los fugitivos, que salvando las altas cimas de los Himalayas se refugiaban en las Indias, que una vanguardia de doscientos infantes y cincuenta caballos había llegado á los muros de Lhasa, la ciudad santa de los lamas. Los doscientos hombres de guarnición chinos, encargados de la defensa de la ciudad, se rindieron á los sitiadores. En la colina de Reting, pueblo de los alrededores de Lhasa, diecisiete soldados thibetanos dispararon sus armas contra los invasores. Los chinos repelieron el ataque y mataron unos y aprisionaron los demás. Horas después entraron en la ciudad, amenazando á cuantos sorprendían en las calles. El Gran-Lama, aterrado, llama con urgencia á sus ministros: y acuerdan huir de la Potola, residencia sagrada del Dalai-Lama. Este personaje, cuya naturaleza mística estudiaremos después de haberle seguido en su precipitado éxodo, se vió atacado por un destacamento chino, y luego perseguido espada en mano hasta la frontera del Sikkim. Momentos hubo en que fué tan inminente el peligro de que le cortaran la retirada, que buena parte de los bagajes fué abandonada por el camino. Suerte tuvo que los pueblos favorecían á los lamas y dificultaban el avance de sus adversarios. Al fin salvó las altas cimas de la cordillera Himalaya, y el Dalai-Lama entró á Sikkim, quedando su escolta reducida á unos trescientos

sesenta hombres. ¡Pobre Gran Lama, con qué intensa satisfacción secaría el sudor de su frente y respiraría feliz al ver su mula trotar á la sombra del protectorado británico!

Y sin embargo, su situación dista mucho de ser envidiable. En 1904 huyó por primera vez horrorizado ante las ametralladoras de la expedición Yunghusband, y encontró refugio en Pekín: hoy, amenazado por los sables chinos, implora la protección de Inglaterra. Fuerte con ella avanza á cortas jornadas hacia Dordjeeling, donde le preparan brillante recepción. Los budistas, numerosos en esta región, no descansan. El 1.º de Marzo fué el día de la entrada solemne. Fué tan pintoresca, que merece ser narrada. La víspera el Dalai-Lama había pasado el puente de la Tista, descansando tarde y noche en Pachok, pueblo que domina el valle. Ya antes de amanecer los pueblos se habían lanzado á la calle y ocupado el trayecto.

A lo largo de la ruta, en ancho cordón interrumpido por rocas y bosques, podían admirarse pintorescos grupos de Tibetanos y Butias luciendo los trajes del país que son de colores vivos. En Goom, pueblo que situado en alta colina domina la ruta, numerosos europeos, *kodak* en ristre, esperaban el paso del primer Dalai-Lama que descendía de su celeste imperio. Además un cinematógrafo ocupaba la más estratégica de las posiciones, cargado para funcionar incansable durante el paso de todas las lamas en general, tan refractarios á dejarse ver por un objetivo. Avanzando por el camino encontrábase monjes de las vecinas lamaserías que, reunidos bajo la sombra de sus banderas, armados de trompetas de plata, de tambores de bronce y de címbalos, esperaban. Vestían los unos trajes de color rojo obscuro, y llevaban desnuda la cabeza y el pelo cortado á rape; otros lucían unos bonetes que podemos llamar frigios y togas de rojo subido ó escaarlata sobre sus túnicas color de vino.

El Dalai Lama abandona Pachok á las diez y media de la mañana. Con antelación y formando la vanguardia de la comitiva habían salido pequeños grupos de siervos y parte del bagaje: éste iba cargado sobre doce vigorosos mulos cubiertos de cascabeles y con arneses lujosos ayer, pero hoy deslucidos por la penosa y precipitada carrera á través de los pésimos caminos, cubiertos de nieve del Himalaya. Formaba el gran núcleo de la comitiva primero la guardia personal del Gran Lama, á la que seguían los *Chapés*, ministros, regentes, etc., y todo el personal de la corte. Vestían ricos trajes de seda y brocados. Los arneses de los caballos, que son pequeños, tenían, en especial la silla, forma bizarra que recuerda los antiguos cuadros de la invasión de Atila. En el centro del cortejo avanzaba el Dalai-Lama, caballero en un *poney* gris. Le precedían, avanzando majestuosamente, siervos llevando unos pebeteras llenas de incienso, otros antorchas que despedían nubes perfumadas. El Dalai-Lama vestía riquísima túnica de seda amarilla bordada, con una *écharpe* de seda carmesí. Completaba el conjunto un sombrero plano de largos bordes: llevaba lentes. A pesar de su

*

aspecto fatigado se mantenía firme en la silla, demostrando interesarse mucho por cuanto veía á su paso. En Chincona, á tres millas de Ghoom, un delegado del

Gobierno de las Indias le presenta sus respetos, y un destacamento de gurkas le tributa honores militares.

(Continuará).

RECUERDOS DE MI MISIÓN

Mi primera fatiga espiritual



NADIE podría suponerse que mi primera fatiga espiritual en bien del prójimo, después que, estudiada ya la lengua del país, me fué encomendada por la obediencia la dirección independiente de una de las Misiones del Tauro, había de ser la lección de una simple Letanía Lauretana con su respectiva música. Y sin embargo el hecho es así. Habiendo lamentado el primer domingo de mi llegada á dicha Misión la sequedad y el silencio con que se celebraron los divinos Oficios, así la Misa de la mañana como la Exposición de la tarde, por la ignorancia casi absoluta de nuestros usos, rezos y cantos latinos, desde luego me propuse enseñar á cantar á los niños de la aldea, al menos la Letanía de la Virgen, para revestir con nuevo atractivo ante los cismáticos del país nuestras funciones religiosas, ya que es de todos bien sabido que entre los orientales lo que menos se observa durante el Oficio divino es el silencio; y aun cuando el oficiante sea un solo sacerdote, él hace más ruido que siete de los nuestros, por lo mismo que tras su voz van las de un coro de niños, y tras las de éstos las de todo el pueblo, que se unen á aquél en las principales partes del Oficio, sea éste Misa, salmodia ó cualquier otra cosa.

Reuniendo, pues, en torno á mí el mayor número de niños que me fué posible, después de atraerlos con algunas chucherías traídas de la Misión inmediata, y que los hicieron saltar de contentos, los propuse para el grado de *Derazu* (cuerpo privilegiado de niños y paisanos que en la Iglesia armenia ayudan al sacerdote en el Ministerio sagrado, y de cuyo número se escoge siempre aquél antes de la Ordenación), á condición, sin embargo, de que aprendiesen á cantar la Letanía que iba á enseñarles, y cuyo canto, dicho sea de paso, era reminiscencia de una de las canciones populares más sencillas que había oído en mi niñez. Pero antes de pasar al canto, creí oportuno enseñársela rezada, y esto con el doble fin de que una vez aprendida de memoria les fuese más fácil aprender á cantarla, y de que se acostumbra á rezarla en casa y en la iglesia por vía de oración predilecta á la Santísima Virgen. Me ceñí, pues, ante todo á esta operación preparatoria, que yo suponía tarea de dos días, y que por desgracia mía duró más de doce. Tomé este trabajo á mi cuenta por temor á que tanto ellos como su maestro no llegasen á pronunciar me el latín con la perfección debida.

¡No olvidaré nunca la fatiga y las angustias del primer día de mi faena! ¡Con qué dificultad entraban aquellas pobres criaturas en los *engingles* del latín! No obstante de haberme armado de toda la paciencia posible para repetir y volver á repetir centésima y mi-

llonésima vez, y palabra por palabra, antes los tres primeros versículos, después, y una vez aprendidos éstos, los tres inmediatos, á continuación aquéllos unidos á éstos, y así sucesivamente, aquel día fué mi trabajo casi infructuoso. ¡Qué bien recuerdo la escena! Vamos, hijos, les decía, todos á una conmigo: *Sancta... Maria...; Sancta... Dei... Genitrix...; Sancta... Virgo... Virginum...* Vamos á ver, otra vez; otra más; ahora despacito; más aprisa; sea ésta la última vez, etc. Y cuando ya ronco y con el pecho destrozado me volvía al que entre ellos me parecía más listillo ó había visto algo más atento á fin de recoger el fruto de aquella mi primera fatiga, ¡qué decepción!

—A ver tú, decía al niño, sonriéndome, abriendo algún tanto los ojos con cariño, cual si quisiera alabarle ya antes de que me contestase, *convencido* de que lo iba á hacer bien; repíteme lo que has oído. Y el pobre muchacho, sin esperar siquiera á que terminase mi proposición, satisfecho por el honor que le hacía en haberle interrogado el primero, con aire de triunfo y voz chillona gritaba: *Sancta... Virginum*, quedando tan hinchado y satisfecho como si hubiera puesto una pica en Flandes, convencidísimo de no haber omitido ni siquiera el rabillo de una sola letra perteneciente á los tres versículos que hasta allí habíamos repetido más veces que él granos de arena me pudiera reunir en todo el día. Pero ¡hombre! volvía á decirle, ¿nada más que eso? Y el muchacho, cual si añadiese algo nuevo, repetía por segunda vez: *Sancta... Virginum*. ¡Ave María purísima!

Volvíame hacia un segundo niño con la esperanza de obtener mejor resultado, pero en vano. A ver tú, hijo, decíale, si eres capaz de repetírmelo todo; y éste, tan satisfecho como su compañero y con la misma rapidez que la de él, chillaba asimismo: *Sancta Dei... Virginum*.—Pero, ¿no hay más?—*Sancta... Virginum*.—¡Jesús! Di tú, volvíame preguntando á un tercero; pero éste, que en torpeza ganaba á sus compañeros, después de mucho pensar y repensar y haciendo antes esfuerzos colosales con la garganta, rompía al fin diciéndome muy despacio, casi deletreando, y con voz gangosa: *Sanc-ta... Sanc-ta... Sanc-ta*.—¡Horror!

No había más remedio que comenzar de nuevo en común aquel repetir infinito, aquel va y viene sin fin de los tres primeros versos de la Letanía, primero yo, luego ellos; yo después de haber tomado un poco de vino con agua para reponer mis fuerzas, ellos después de haber oído promesas de *maria et montes* si llegaban á aprender los versículos mencionados. Pasaba una hora y más, y, cuando ya no podía continuar del cansancio, entonces me salía un poco al aire libre, dejando á ellos rumiasen en privado lo que mil veces acababa de repetirse en común. A mi regreso preguntaba por los tres versículos al primero que se me presentaba por delante, y... la respuesta de siempre, con pequeña diferen-

cia: *Sancta... Maria... Dei... Virginum*. A ver tú, preguntaba á otro, y... *Sancta... Maria; Sancta... Virginum...*; *Sancta... Genitrix*.—¡Por las almas del Purgatorio! No había, pues, más remedio que volver de nuevo á la carga, á aquella cantinela sin fin, hasta agotar las fuerzas pulmonares y dejar sin piel la garganta.

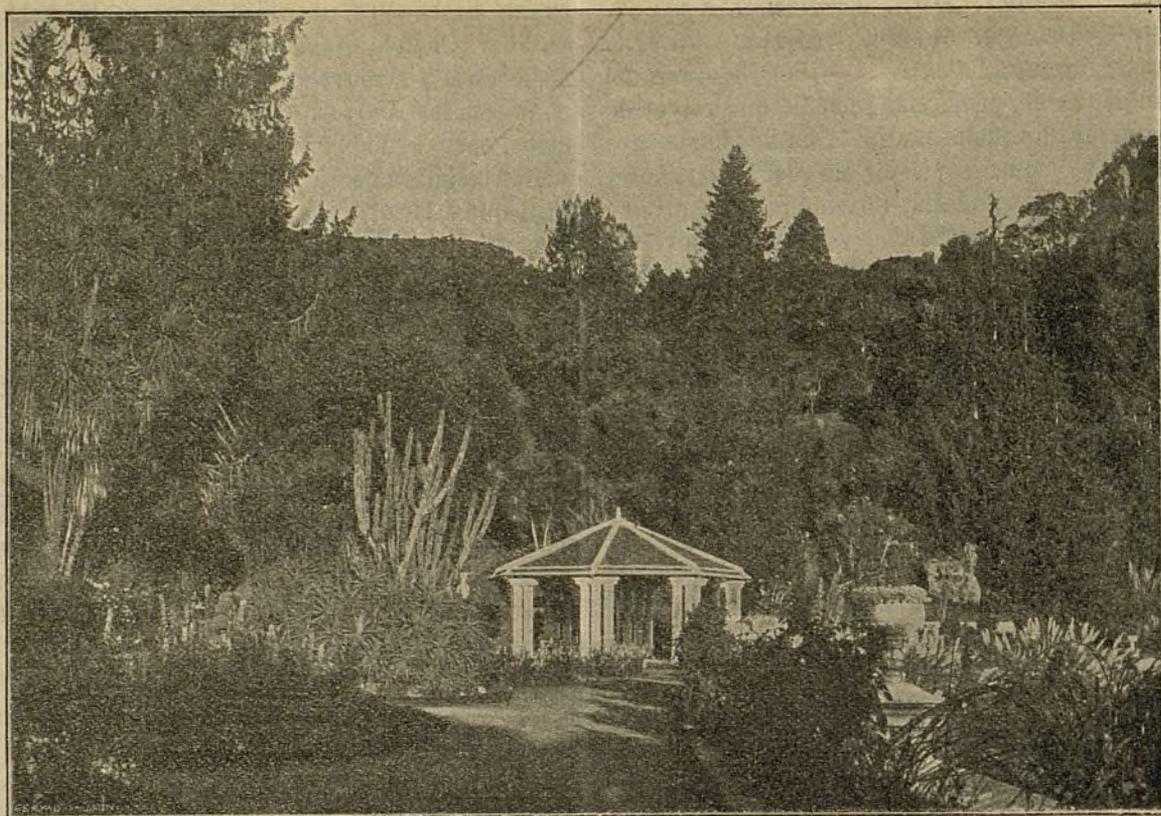
Llegó la tarde de aquel día, terminó nuestra primera tarea, y me di por satisfecho al ver que llevaban aprendidos los primeros seis versículos de la Letanía Lauretana. Esto no quiere decir que al día siguiente no tuviese aún que machacar y volver á machacar á fin de hacérselos decir bien, pues las pobres criaturas, tal vez con el interés de no olvidarse de aquello, lo mismo en sus casas que durante sus juegos por tal manera fueron revolviendo en sus molteras, y cada uno según su gusto ó su memoria, aquel *intringulis* latino, que cuando de nuevo me lo recitaron apenas podría comprenderse formaba parte de la oración mencionada. Y á este paso y con las mismas dificultades fuimos dando cima á este trabajo, poniéndole término final doce días después, como ya indiqué atrás.

A continuación pasé á enseñarles el canto, no sin haber antes puesto en manos de uno de los chiquillos un papel en que con caracteres armenios estaban escritas las Letanías, á fin de que llevase siempre la delantera á sus compañeros y no hubiese equivocaciones. La lección del canto nos duraba dos y aún tres horas al día, pues si bien, como ya dejo dicho, era sencillísimo en sí, para aquellas criaturas, que jamás habían hecho otra cosa que imitar con la voz á la cabra ó á la vaca, ó á lo sumo, tararear los extraños semitonos de las canciones del país, era lo más difícil que podía presentárseles. Las primeras pruebas las mandé hacer en común, cantando todos juntos en unión mía, después de haberme oído á mí repetir la canción tres ó cuatro veces. Muy luego tuve que abandonar este sistema, pues, no obstante de desgañitarme, me era imposible dominar con mi voz las suyas y dirigirles. De donde los pobres muchachos, más bien que á mí, oyéndose y escuchándose unos á otros, añadían al propio destemple el destemple ajeno, y formaban un conjunto de canto tan desentonado, confuso y horrible, que serían capaces de hacer correr á cualquiera que no fuese sordo como una tapia ó no disfrutase de un tímpano más duro que la pelleja de un camello. Cambié, pues, de sistema inmediatamente, y uno por uno los fui llamando á mi lado, dedicando á la enseñanza de cada uno el tiempo que tenía señalado para la enseñanza de todos juntos. Después que instruía en lo posible al primero, ponía á su lado el segundo, y así sucesivamente hasta que pude dar por terminada suficientemente aquella que yo llamo *mi primera fatiga espiritual*.

Llegó el domingo próximo, cuarto de mi estancia en aquella Misión, y por primera vez iba á *cantarse una Misa solemne*. Dos de los niños deberían rezar el Rosario alternando con la población, y apenas terminado éste expondría el Santísimo y ellos entonarían la Letanía Lauretana, á la que irían respondiendo las niñas y los maestros con un simple *ora pro nobis*, que era

cuanto hasta allí á unos y á otros se les había podido enseñar. Cuando acabé de sumir, los niños terminaron su Rosario y empezaron á cantar la Letanía. Mientras cantaron los *Kyries*, que fueron contestando unos á otros, como se había dispuesto de antemano, aún anduvieron relativamente entonados, pero apenas dieron principio á la tonadilla del *Sancta Maria*, aquello fué el caos. En un gallinero alborotado no hubiera sucedido otro tanto: ni atinaban con nada de lo que habían aprendido, ni llegaban jamás á entenderse entre sí. Y mientras los unos cantaban á desesperar, cada cual por su parte y en diverso tono, el primer versículo, los otros, con la mayor frescura y naturalidad del mundo, les interrumpían á mitad de camino, empezando también, cada cual por su parte, otra y otras tonadillas más que les parecían, á lo que se ve, interpretaciones más fieles de lo que les había enseñado. Para mayor desgracia las niñas, asimismo, respondían á unos y á otros indistintamente, cual si tratasen de representar al vivo alguna jauría, en que á las confusas y desentonadas voces de toda clase de animales, se unen las de los hombres que gritan y vociferan, preguntan y responden todos á la vez. Yo sudaba, y sudaba frío, en el altar. Esperaba ansioso que aquello encontrase remedio á la segunda serie de versículos; pero ésta, lo mismo que en la tercera y demás, la cosa anduvo cada vez peor, porque los muchachos se iban ya conformando friamente, cada uno con su tonadilla particular, así como las niñas estaban garbosas de mostrar al público que habían aprendido *mucho* y jugaban gran papel en aquel cuadro del infierno, respondiendo á cada segundo y cuando se les antojaba el *ora pro nobis*. Yo desfallecía; y fueron tales mis ansias y mis angustias, unidas á mi confusión y mi pena, que cuando me di cuenta tenía aún por terminar la Misa y exponer, ya los niños, no sé si por camino llano ó dando algún *salto mortal*, estaban destrozando el *Regina Angelorum*.

Terminada la Misa y hecha la Exposición, cuando bajé al plano del altar para incensar y rezar, alternando con el pueblo la Estación al Santísimo, me fué necesario esperar un buen rato antes de dar comienzo al rezo, porque me saltaban las lágrimas á causa de la emoción y del disgusto. Desde entonces hice propósito firme de no volver á dejar cantar solos á los chiquillos, por muy seguros que en el canto los viese. Al efecto, siempre que ocurría el caso, terminaba yo antes todas las funciones del altar, y á continuación, en unión de los más instruiditos, entonaba y acompañaba el canto. Así lo hice en las Letanías, que seguimos cantando los domingos inmediatos, y así lo practiqué también en los demás cantos religiosos que sucesivamente fueron aprendiendo de *Salve Regina*, *Tantum ergo*, etc., etc. Bien es verdad que si no hubiese atendido al respeto que se merecen las cosas de la Iglesia, no hubiera tenido tampoco necesidad de tomarme esa molestia, pues los paisanos bien contentos quedaron de la algarabía del primer domingo, y más de una vez tuve el gusto de oír de sus bocas que desearían se repitiese aquel canto que tanto les había agradado. ¡Desgraciados!



INDOSTÁN. EN LAS MONTAÑAS AZULES (*Nilgiris*) —JARDÍN BOTÁNICO DEL GOBIERNO DE MADRÁS.—Reproducción directa de fotografía enviada por el reverendo P. Tignous. (Pág. 179)

MUERTE DESGRACIADA DEL ILMO. Y RDMO. P. LUIS PEREZ

OBISPO DE CORICO Y VICARIO APOSTÓLICO DE HU-NAN

Y DE LOS RR. PP. BENITO GONZÁLEZ Y AGUSTIN DE LA PAZ

LOS TRES DE LA ORDEN DE SAN AGUSTÍN

Al publicar en nuestras páginas los siguientes párrafos que extractamos de la notable revista *España y América*, LAS MISIONES CATÓLICAS se asocian al acerbo dolor que aflige á la Orden Agustiniense por la pérdida de sus tres beneméritos hijos. Que desde el cielo, que en premio de sus méritos, piadosamente pensando, creemos gozan, bendigan su Misión del Hu-nan que regaron con sus sudores y en la que tantas almas ganaron á la fe verdadera. (D. E. P.)

EL día 17 de Abril del presente año difícilmente se borrará de nuestra memoria. El telégrafo, con su laconismo desconsolador en multitud de casos, nos comunicó haber perecido tres misioneros del Vicariato de Hu-nan. «Luis, Benito, Paz, ahogados,» era el texto de aquel telegrama, firmado por nuestro compañero el Padre G. Castrillo. Carecíamos de detalles, y, dada la gravedad de las noticias publicadas por la prensa de Madrid, juzgóseles víctimas de los trágicos sucesos de Changsha. Cabía la ilusión de creer hubieran perecido en el mismo campo de la lucha, mas no fué así; supose el día 19, por el mismo P. Castrillo, que el trágico accidente había sido casual. ¿Cómo? Lo ignorábamos...

Estas conjeturas viéronse plenamente confirmadas en otras comunicaciones recibidas casi en la misma fecha. Reproduciré tan sólo la del conocidísimo compañero nuestro P. J. Hospital; va dirigida, como las de los Padres Castrillo y Pons, al M. R. P. Luciano M. Illa, Provincial de la del Santísimo Nombre de Jesús: «No

sé si ayer (17 de Abril), como yo supongo, le habrá escrito el P. Pons dándole noticia de la terrible desgracia que nos ha sucedido. ¡Horrible! ¡horrible! ¡Dios mío! ¡Ahogados el señor Obispo y los Padres Benito González y Agustín de la Paz, que bajaban á Hankow!

«Ocurrió el naufragio el día 15, hacia las tres de la mañana. El 13 salieron de Yochou; al siguiente día, á las siete de la mañana, tomaron una barca en Ya-lan. Aprovechando el viento favorable, andaban de noche hasta la hora dicha, ó sea, las tres de la mañana del día 15, en que topó la barquilla con un barco de guerra inglés que subía á Changsha, y la echó á pique. Un bote del barco recogió al muchacho del señor Obispo y al patrón de la barca, y los subió á Yochou.

«A las cuatro de la tarde se me presentó llorando, y se arrojó á mis pies, medio desnudo, haciendo lastimosos extremos de dolor, el muchacho del señor Obispo. Lo adiviné todo en un momento. ¡Espantosa relación!

«Inmediatamente fuí al barco de guerra: al preguntar al capitán, me dijo que el choque ocurrió á unas cuatro leguas de Hankow á las tres y pico de la mañana, y que sólo pudieron salvar á los dos mencionados y á otro barquero. El muchacho del señor Obispo me refirió después que el señor Obispo y ambos Padres estaban bajo el toldo de la barca; sólo al P. Benito le vió un momento flotando en el agua.

«Vuelto á casa, telegrafí al P. Pons preguntándole

si habían llegado el señor Obispo y los Padres. Apenas recibí su contestación negativa, salí en el primer vapor para Hankow, adonde llegué ayer (día 17) á las dos de la mañana. Antes mandé al muchacho del señor Obispo y al patrón de la barca náufraga al lugar del siniestro para recoger los cadáveres de los ahogados.

«Figúrese V. R. lo angustioso de mi entrevista con el P. Pons. A mí, no obstante estar plenamente persuadido de la realidad de la catástrofe, me parecía un sueño, una espantosa pesadilla que me esforzaba en rechazar. Lo sucedido me parecía un absurdo, una cosa que no debía suceder, ó, mejor dicho, que no convenía que sucediese y que el Señor no podría permitirlo... ¡Que el Señor se compadezca de nosotros! Yo ahora sólo le suplico que acepte en descuento de mis pecados lo que he padecido estos tres días. Imposible, imposible que pueda imaginarse V. R., ni se pueda imaginar nadie fuera de nuestro Vicariato, la magnitud de las pérdidas que hemos sufrido. ¡Qué desgracia más inmensa, qué pérdida tan inesperada, qué consternación y espanto para todos los misioneros, y qué dolor tan inconsolable para tantos angelitos de la Santa Infancia! Si las lágrimas pudieran ser de algún consuelo para los muertos, ¡qué raudales se derramarían sobre la tumba del señor Obispo y ambos Padres!

«Descansa en paz, queridísimo Prelado, amantísimo Padre mío y de todos los misioneros, á quienes tan entrañablemente amabas; goza, en santa compañía de los PP. Benito y Agustín, del galardón eterno con que habrá premiado vuestras virtudes el Señor á quien tan fielmente servisteis, y rogad por nosotros y por este Vicariato, huérfano con vuestra muerte.»

Tengo otras cartas del P. Pons, pero en todas ellas se dice en substancia lo que ya conocemos. Sólo hay un dato que merecerá consignarse en esta crónica. Los misioneros de China no viven para sí; la Santa Infancia, la catequización, las obras de misericordia constituyen su ideal; una *chapeca*, un centavo que la Orden ó la caridad pública les suministre, lo invierten en beneficio de las Misiones. La penuria que padece el Vicariato es muy grande, porque las inundaciones de Agosto de 1909 asolaron aquellas comarcas; ni un grano de arroz ha podido recogerse en la mayoría de los pueblos; la miseria reviste caracteres de extraordinaria magnitud. Situación tan dolorosa no permitía á los sufridos misioneros viajar con comodidades; un céntimo que ahorran queríanlo para sus neófitos. He aquí el motivo de haberse embarcado en un misérrimo *junco*, con preferencia á los vapores que frecuentemente cruzan el caudaloso Yangtze. La intención, las miras, los deseos eran nobilísimos; así lo habían practicado en diferentes ocasiones; despreciaron el peligro como tantas veces lo habían hecho... Lejos de nosotros la censura, el calificativo de temeridad; había llegado la hora.

He de apuntar otro dato que, en los primeros instantes, llenó de amargura á los misioneros de Hu-nan. El cadáver del señor Obispo pudo ser rescatado, pero los de los otros dos compañeros habían desaparecido. La ansiedad fué grande, como grande fué el desconsuelo, por la doble pérdida: la muerte y la desaparición. Cuando quizás se había desvanecido toda esperanza de rescate, se dignó el Señor devolver aquellas sagradas

reliquias. Los Padres Franciscanos tuvieron el triste privilegio de recoger los dos cadáveres, amortajarlos y concederles cristiana sepultura.

La primera y la más sobresaliente de las víctimas, por la posición que ocupaba, es el Ilmo. y Rdm. Padre



ILMO. Y RDMO. P. FR. LUIS PEREZ Y PEREZ

del Orden de San Agustín, Obispo titular de Corico
primer Vicario Apostólico de Hu-nan Septentrional (China)
† Ahogado el 17 de Abril

Luis Pérez, Obispo de Corico y Vicario Apostólico de Hu-nan.

Nació en Tudela de Sayago (Zamora), el 28 de Mayo de 1846. Sus primeros estudios los hizo en el Seminario Conciliar de la diócesis, donde debió permanecer hasta el año de 1864. La vida monástica bullía en su mente aun antes de aquella fecha, y prefirió, al fin, el hábito de Religioso á la sotana secular. Fué admitido en el célebre Colegio-seminario que la Orden Agustiniense posee en Valladolid, y en él hizo su profesión religiosa el 12 de Noviembre de 1865.

Nada he de decir de sus singulares virtudes; el convencimiento, la reflexión, un maduro examen, habíanle conducido á la soledad del claustro; y cuando en la vocación intervienen estos factores, la empresa es segura y el triunfo cierto.

No fué muy larga su permanencia en el reputadísimo colegio agustiniano; los estudios de Humanidades y de Filosofía hechos en Zamora utilizólos el P. Luis para dar un avance al cumplimiento del cuarto voto de pasar á las Islas Filipinas. Llegó á nuestras antiguas Misiones de Asia el año de 1870, y en 1873 encargósele de la importante Parroquia de San Fernando de la Unión. Dió allí pruebas inequívocas de su caridad, de

su mansedumbre, de su celo por el bien de las almas. El joven párroco parece como que había nacido para los pobres; en su trato encontraba todas sus delicias.

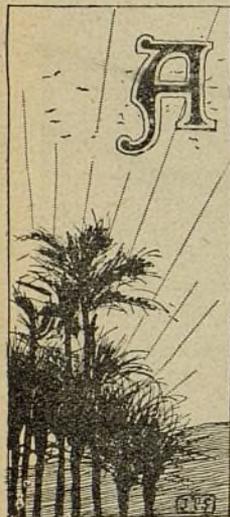
Aquellas singulares manifestaciones de virtud nece-

sitaban para su desarrollo horizontes más amplios, territorios más fecundos y mejor dispuestos, si se quiere, á la lucha, al sacrificio, á la vida evangélica.

(Concluirá).

LAS GRANDES RELIGIONES DE LA INDIA AL LADO DEL CATOLICISMO

A GUISA DE PRÓLOGO



El infame grito de Renán llamando impostor y plagario al Cristo de los cristianos, la *turba magna* de racionalistas, germanos y anglos, lanzóse á lo misterioso y sagrado. Esta, ávida de argumentos que confirmasen la blasfemia de su *leader*, se lanzó á rebuscar papyros, descifrar lápidas é interpretar libros que no entendieron más que á medias, y después de solazarse bajo las azules esferas orientales, regresaron á los patrios lares, rebotando alegría y esperando que

la mano de sus correligionarios entrelazase en su cabellera el lauro de la victoria. Y comenzaron á dogmatizar y afirmaron que el Jesús, si bien el mayor de los héroes religiosos, y dotado de poderosa inteligencia, no pasaba de pobre sincretista que había logrado amalgamar los elementos de la religión dispersos en el Zend-Avesta, en los Vedas y en los Tripitaka, á la usanza helénica, en un sistema bautizado con el nombre de Cristianismo. Jesús no era, pues, más que un potente foco del que salía, por la refracción de los rayos de las primitivas religiones, una luz clara y brillante, el Cristianismo, ante la cual palidecían todos los demás rayos y se eclipsaban todos los demás sistemas.

A probar tan aventurada aserción ellos aplicaron los principios racionalistas de la época. Partiendo del principio, desde comienzos del siglo pasado tan en boga, que todas las cosas hállanse sujetas á un proceso de gradual evolución que se realiza por la intervención de agentes extraños y causas naturales, y que la humanidad ha sido educada en la vida religiosa, con semejanza á la vida natural, lentamente, y observando ciertas apariencias análogas entre el Cristianismo y las religiones paganas, dedujeron que aquél no era sino la perfección del Paganismo, el Paganismo destituido de sus formas ideales y mágicas, de su culto grosero y supersticioso, de su credo anticientífico y de sus ritos, costumbres y prácticas degradantes y antihumanitarias. Esta fué la razón y no otro fué el motivo por que á fines de la décimanona centuria, privaron tanto los estudios de las religiones del Este, porque el corifeo del racionalismo alemán, Schopenhauer, encariñado del Vedantismo y del Budismo, se constituyó en su fervoroso apóstol y en su celoso propagandista en el occidente, y porque, en fin, los teosofistas contemporáneos profesaban tanta devoción á las religiones indicadas.

Afortunadamente para la causa católica inicióse á

raíz de tan malignos ataques y de tan insidiosas afirmaciones, el estudio de la Historia comparada de las religiones. Este estudio, además de la utilidad que en sí mismo entraña por los valiosos datos que suministra, por los conocimientos que nos sugiere de la naturaleza humana, de sus aberraciones y de sus aciertos, de sus progresos, y de sus ostracismos y de sus pugnas morales, encierra especialísima importancia en la ciencia religiosa por las circunstancias de crítica y análisis por que en la actualidad pasa la Religión; pues, como dijo Chateaubriand (1), no estamos en aquel tiempo en que bastaba decir «creed y no examinéis:» se examinará á pesar nuestro, y nuestro silencio tímido facilitará el triunfo de los incrédulos y disminuirá el número de fieles. Si es verdad que la historia es experto mentor que endereza nuestros pasos á través del desierto de la ciencia, esto es doblemente verdadero con relación á la ciencia de las religiones. El sabio apologista de la Universidad de Tübingen, Dr. Pablo Schanz, dice á este propósito: «El hombre aumentará el tesoro de datos para su religión, si conoce cuanto dista y cuanto difiere de las otras. El Cristianismo no pierde nada si rasgos de sus verdades hállanse diseminados en antiguas religiones. Seguramente su ganancia será mayor si, por otra parte, se trasluce que ninguna de las antiguas religiones se asemeja á ella en pureza de doctrina y sublimidad moral, y aún más que la gloria de todos sus fundadores palidece ante la luz manifestada al mundo por Cristo. Nosotros no podemos ignorar que la historia de la religión se ha presentado, en su última fase, en hostil disposición contra el sobrenatural elemento del Cristianismo; sin embargo, la ambición del apologista deberá ser aniquilar á un enemigo que se ha provisto de armas sólo para atacar la fe» (2).

Movido por el ejemplo y consejo del sabio profesor citado, voy á intentar—pobre, pero bien intencionada ambición—depositar á los pies sacrosantos de la Iglesia las armas que del Vedantismo, y más en particular del Budismo, han tomado sus adversarios para impugnarla. Vamos á pintar un cuadro en el que aparezcan con viveza, aunque naturalmente repulsiva, las líneas negras del Paganismo, sus monstruosidades y sus aberraciones, y los abismos á que el hombre ha descendido en brazos de su arrogancia y deficientes fuerzas: y á su lado otro cuadro de líneas blancas de la immaculada pureza cristiana, de líneas purpurinas de su heroica caridad y humanitarismo, y de las alturas inconmensurables á que esta doctrina y esta caridad han elevado al hombre. A vista de este cuadro, que desgraciadamente por nativa incapacidad del pintor, no resultará tan vivo como fuera de desear, nuestros piadosos y be-

(1) *Genie du Christianisme*, p. 1, liv. I, c. 1. Introduction.

(2) *A Christian Apologie*, vol. II, c. 1.

névolos lectores experimentarán movimientos de compasión hacia los pobres infieles que viven sentados en tan oscuras tinieblas, y más afecto y aprecio por el Catolicismo que les ha libertado de tan degradantes creencias.

De este modo aportaremos nuestro granito de arena al gran edificio de la apologética cristiana, con los datos suministrados por los más recientes estudios de las religiones del Este. Nosotros nos concretaremos á la India. Estudiaremos su evolución religiosa desde sus

aborígenes hasta el presente, aunque sin entrar en menudos detalles, fastidiosos por lo disparatados que aparecen á los lectores de distintas condiciones sociales y de diferente educación; pero notando siempre bien los puntos de contacto, bien las oposiciones que existan entre estas religiones y el Cristianismo.

Para mejor conseguir este fin, examinaremos por separado las diversas verdades de la Religión: Dios, el alma, la vida futura, penas y premios, etc.; he aquí el largo camino que nos aprestamos á recorrer.

(Continuará).

SAN FRANCISCO JAVIER Y CEYLÁN

¡Oh, tierra de Ceylán, cuánta sangre cristiana cuestras, y cuánta sangre cristiana costarás!

(Palabras de San Francisco Javier al salir de Ceylán el año 1548).

CUANTOS se interesen por la historia de las Misiones, alguna vez, acaso, se habrán preguntado qué parte corresponde á San Francisco Javier, el Apóstol de las Indias, en la evangelización de Ceylán.

Por aquel entonces (1541-1549) la isla de Ceylán era apenas conocida de los portugueses, quienes dirigían todos sus esfuerzos á las Indias. A duras penas la canela, las piedras preciosas y las perlas lograron atraer unos pocos comerciantes. Una escuadra portuguesa abordó casualmente en sus costas el 1505, y el P. Vincent, franciscano y limosnero de la escuadra, fué el primer sacerdote católico que pisó la tierra de Ceylán: pronto sus Hermanos acudieron, logrando así su apostólico celo que la

Religión de Cristo floreciera hasta en el corazón del país.

Era el 7 de Abril de 1541 cuando San Francisco Javier embarcaba en Lisboa para las Indias. Con él salieron cinco misioneros franciscanos destinados á Ceylán. Era su Superior el P. Juan de Villa-Condé, y con él el Apóstol de las Indias contrajo íntima y santa amistad. Conmovedores testimonios de ella se leen en las cartas del Santo. Abordaron juntos á Goa el 6 de Mayo de 1542. Javier quedóse en esta ciudad. El Padre Juan de Villa-Condé y sus compañeros continuaron el viaje hasta Ceylán con los embajadores enviados por el virrey de las Indias, D. Juan de Castro, á Bhuwana-ka-Bahu, rey de Cotta (1). A los pocos meses de llegados á Ceylán el P. Juan de Villa-Condé escribió á su santo amigo los resultados obtenidos, que distaban mucho de ser consoladores.

Por aquel entonces San Francisco Javier trabajaba en Travancore y en la costa de las Pesquerías, al Sud

(1) Con frecuencia llamado rey ó emperador de Ceylán. Los demás rajahs le reconocían cierto derecho de soberanía.

de la India. Esta región está separada de Ceylán por un estrecho de 40 kilómetros, sembrado de escollos y arrecifes, cuyo conjunto recibe el nombre de Puente de Adán, y son muchas las leyendas que ha sugerido á la imaginación popular.

Esta vecindad fué causa de que la fama de las mara-



INDOSTÁN. EN LAS MONTAÑAS AZULES (*Nalgiris*) — MUJER TODA. — Reproducción directa de fotografía enviada por el R. P. Tignous (Pág. 179).

villas que obraba Javier se extendieran por las provincias del norte de Ceylán. Los habitantes de Taffna habían ya dado á conocer el nombre y los milagros del gran *Sannyassi* de Occidente.

Taffna sufría entonces la dominación de un reyezuelo cruel y despótico que se llamaba *Sangkili*. Formaba parte de sus dominios la isla de Manaar; sus habitantes, esperando ver al Santo que hacía milagros y reca-

bar les ayudara á conseguir de los portugueses que les librarán del tirano, enviaron una diputación á Francisco suplicándole fuera á enseñarles la Religión que predicaba á sus hermanos tamues de la costa de las Pesquerías.

I.—SAN FRANCISCO JAVIER ENVÍA Á CEYLÁN UN SACERDOTE, AL QUE DAN MUERTE

Con vivas ansias deseaba el Santo corresponder á estos deseos. ¡Cuánto haría sufrir á su corazón de apóstol el verse obligado á rehusar la gracia de la palabra de Dios á aquellas almas, tan bien dispuestas que se adelantaban á pedirla! Pero apenas si podía atender á las nuevas cristiandades que acababa de fundar. Creyó no podía abandonar á los neófitos, tan jóvenes aún en la fe, sin exponerles á caer de nuevo en los errores del paganismo, tan profundamente arraigados en el espíritu indio por seculares tradiciones. El misionero moderno sabe con cuanta facilidad el neo converso recae en sus antiguas supersticiones y diabluras cuando el misionero le abandona, antes de sazón, á sus propias fuerzas.

En consecuencia, Francisco resolvió enviar á Manaar un joven indígena, sacerdote recientemente ordenado por el Obispo de Goa, y que al ordenarse había tomado el nombre de Francisco.

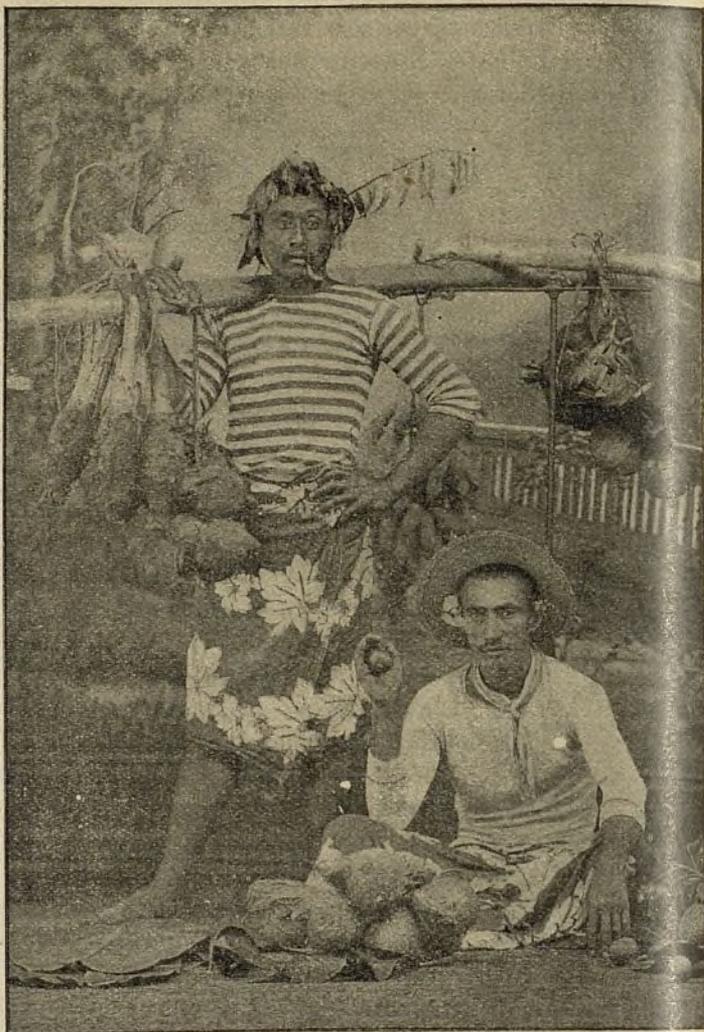
Con la bendición y los sabios consejos del Santo partió el joven sacerdote. Trabajó con tanto celo y éxito en la conversión de los habitantes de Manaar, que en poco tiempo ganó para Dios seiscientos infieles. El infierno rugió, y levantándose airado contra el Misionero, condenó tan joven cristiandad á la prueba de la persecución. Los neófitos de Manaar iban á dar al mundo ejemplos de generosidad y constancia dignos de los que, años después, se leyeron en los anales del Japón. «Preguntados cada uno por separado si eran cristianos, constándoles que negándolo salvaban la vida, todos sin excepción confesaron su fe. Los padres contestaban por las tiernas criaturitas que aún no sabían hablar y las entregaban á los verdugos» (1). Fué el joven Misionero uno de los que primero logró la palma del martirio. Era á fines del 1544.

Sobre este particular San Francisco Javier escribía de Cochín á sus hermanos los Jesuitas de Roma, con fecha 27 Enero 1545:

«De otro país, á cincuenta leguas del en que me encuentro, sus habitantes me hicieron saber que deseaban ser cristianos y me rogaron fuera á bautizarles; pero retenido por graves ocupaciones de interés para el servicio de Dios, me fué imposible ir. Rogué á un sacerdote que fuera y los bautizó en gran número. Irritado contra ellos sólo por esto, el rey del país mandó dar muerte, después de torturarlos con crueldad, á crecido número de estos cristianos. ¡Alabado sea el Señor, pues permite que aun en nuestros días haya mártires, y que allí donde la piedad no sería suficiente para poblar el cielo, la crueldad, con la permisión de Dios, la suple, y completa el número de los escogidos!

«El Gobernador de la India, nuestro amigo y amigo

de toda la Compañía, de quien les he hablado ya repetidas veces, se ha afligido tanto por la muerte de estos cristianos, que apenas enterado por mí del suceso. ha mandado armar una flota para aprisionar al rey y darle muerte. He debido trabajar no poco para aplacar su santa cólera. Este rey tiene un hermano, presunto he-



ISLAS TAHITI (OCEANÍA).—TAHITIANOS LLEVANDO «TAROS» Y NARANJAS.—Reproducción directa de fotografía.

redero, que vive desterrado lejos del reino, temiendo que el rey le mande asesinar, y ha dicho que si el Gobernador le asegurase la posesión del reino, se haría cristiano con los principales señores. El Gobernador de la India ha dado orden á sus capitanes de que entren en negociaciones con este príncipe. Por lo que al matador de los cristianos se refiere, ha ordenado ó que le maten ó que cumplan lo que yo les ordene en virtud de su autoridad que me ha delegado. Espero, por la misericordia infinita del Señor y por las ardientes súplicas de los á quienes ha martirizado, que el rey reconocerá sus errores, pedirá perdón á Dios y hará saludable penitencia.

«En otro reino (1), á cuarenta leguas del en que residimos Francisco Mansilhas y yo, el príncipe heredero

(1) ¡Jaffna ó Kandy? San Francisco no lo dice. Según Bartoli, se trata del rey de Jaffna. Lucena, al parecer con mayor razón, cree que es un príncipe de Kandy. La tradición popular se ha apoderado de este martirio, lo atribuye á un príncipe de Jaffna y con él inventa un drama popular en todas las naciones.

(1) Bartoli. Istoria della Comp. di Gesù, l' Asia, Parte I.

resolvió hacerse cristiano; enterado su padre lo hizo matar. Los testigos de la ejecución dicen que en el sitio donde ésta tuvo lugar se abrió la tierra en forma de cruz y que se vió en el cielo otra cruz de color de fuego. Añaden que la vista de cosas tan extraordinarias inclinaron á muchos infieles á hacerse cristianos. Un príncipe hermano del difunto, que se encontraba entre los testigos, rogó á los Padres de esta región que le

bautizaran. Posteriormente ha ido á pedir protección al Gobierno contra el asesino de su hermano. He visto á este príncipe y espero que dentro breve tiempo el reino será cristiano, tan intensa es la impresión producida por este prodigio, y también porque el príncipe hermano del mártir, es ahora el heredero del reino (1).

(Continuará).

(1) *Cros. St. Fr. Xavier*, t. I, p. 293.

EN LAS «MONTAÑAS AZULES» DEL INDOSTÁN

POR EL R. P. E. TIGNOUS, DE LAS MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS, MISIONERO EN COIMBATORA

Un misionero tolosano, el R. P. Enrique Tignous, que partió en 1895 para la diócesis de Coimbatore, nos envía la siguiente pintoresca é instructiva relación sobre algunas de las razas indígenas que pueblan el macizo montañoso de las Nilgiris, y las hermosas fotografías que reproducen nuestros grabados.

EN la India meridional, entre Misora, Malabar y Coimbatore, interrumpe la abrasada llanura un fresco y delicioso oasis de verdor: es el Paraíso de la India, el macizo de las *Nilgiris* ó Montañas Azules. A sus pies se extiende una faja de vegetación tropical, de verde intenso, aromas penetrantes y atmósfera tibia y saturada de fiebre. A su lado el juncal, llanura pantanosa, cubierta de juncos, cañas y malezas. Más arriba las verdes cimas, azotadas sucesivamente por los vientos del Sud Oeste y del Nord-Este. Algunos picos se elevan hasta 9,000 pies sobre aquel océano de fuego cual anhelando respirar una atmósfera más fresca.

El clima de las Nilgiris es uno de los más dulces y agradables de los trópicos. Ni el calor ni el frío se hacen sentir nunca demasiado; se disfruta de perpetua primavera.

Los primeros europeos que en 1814 visitaron estas montañas, quedaron maravillados al encontrar á 11 grados del Ecuador aire tan fresco y vivificante. La víspera de la llegada habían tenido que sufrir los calores tórridos del Deccan, en donde se pasan días y noches sofocantes, sin que ni un soplo de ligera brisa agite las hojas de los bananos ó de los cocoteros. Parecíales que benéfica hada les había trasladado á un país encantado, á dos mil leguas de la ardiente llanura. Admiraban los espléndidos paisajes y los espantosos barrancos de seis á siete mil metros cortados á pico, que tanto abundan en estas montañas. Embelesados sentíanse revivir entre los encantos de aquella flora virgen, llenaban sus pulmones de aire vivificante, saboreaban el agua de la roca, y gozaban al sentirse libres del molesto sudor y al poder dormir bajo techado.

Se enviaron informes al Gobierno de Madrás, y las Montañas Azules se convirtieron en *sanatorium* de europeos. Hoy, Ootacamurd, la estación principal y la más elevada, cuenta unos 20,000 habitantes. Seis meses al año reside allí el Gobernador de Madrás con todo su séquito.

Además se han fundado en la montaña otros cuatro centros menos importantes: Cvonoor, Wellington, Kotagiri y Gudalwi.

Estas cinco ciudades están ocupadas por cierto número de europeos, empleados del Gobierno ó agricul-

tores. El resto de la población es indígena, pero venida de la llanura después de los ingleses.

Antes de la fundación de estas estaciones la montaña no estaba desierta. La poblaban y pueblan varias tribus interesantes, que han vivido siempre solas, sin cruzamientos con los intrusos, de los cuales difieren por sus usos, costumbres, lenguaje y modo de vivir.

Estas tribus son: los Todas, los Badagas, los Koters, los Kurumbers y los Irulers.

Los Todas

En algunos lugares de Nilgiris se encuentran vestigios de una raza hoy desaparecida: dólmenes, *tumuli*, monumentos drúidicos iguales á los existentes en Europa, armas, urnas cinerarias y hasta monedas romanas; pero estos restos proyectan pálida y casi inútil luz sobre la historia del pasado. Sólo permiten aventurar conjeturas más ó menos dudosas sobre los primeros habitantes de las Nilgiris.

La más antigua raza conocida, y que existe todavía hoy, es la de los Todas. Ocupaban la montaña mucho antes de la llegada de los Badagas y de cualquier otra tribu. Eran los reyes del país, que poseían en común, sin límites, fronteras ni pleitos.

Los Todas son de elegante figura, altos, fornidos, de facciones regulares, color claro y ojos vivos. Envueltos en su manta gris, como los patricios romanos en su toga, tienen aspecto arrogante; siempre sonrientes, encuadra su simpático rostro abundante cabellera, original y artísticamente peinada. Su porte majestuoso, el misterio que les rodea, la obscuridad de su origen han hecho suponer á algunos que los Todas podrían ser descendientes de los soldados de Darío ó de Alejandro. Nada confirma la autenticidad de tan noble origen. Lo solo cierto es que habitan en las Nilgiris hace ya algunos siglos.

Su vestido se compone de dos piezas de tela, una sujeta á la cintura les cubre desde los riñones hasta las rodillas. La otra, de tejido grosero, blanca cuando nueva, y ribeteada por dos ó tres anchas fajas encarnadas, es algo mayor y la llevan todos recogida á guisa de banda, por debajo del brazo derecho y atada sobre el hombro izquierdo. Forma como la segunda piel del Toda y no le abandona nunca, ni de día ni de noche, hasta que cae hecha girones. La lluvia es la única que cuida de lavarla. Los Todas, al igual que los demás habitan-

tes de estas montañas, nunca lavan sus vestidos, de manera que al encontrarles se les reconoce á ojos cerrados por el olor característico que despiden sus personas. Van siempre descalzos los pies y descubierta la cabeza.

Las mujeres visten una tela semejante á la de los hombres; las cubre de los hombros á los pies, sin broches, cintas ni presillas. Una de sus manos está siempre ocupada en sujetarla. Llevan suelta la larga y ondulante cabellera y diariamente pasan no pocas horas arrollando el cabello á unos palitos á fin de rizarlo. La manteca líquida les sirve de cosmético y da á su cabellera notable brillo.

Suelen llevar pocas joyas: generalmente dos pesados brazaletes en el brazo derecho, encima del codo, y algunos anillos de plata y de cobre en los dedos de los pies y de las manos. Completa su ornato un suplemento de collares ó anillos tatuados en la piel del cuello, de los pies y de las manos.

Su manera de saludar á los hombres es muy curiosa: al encontrar uno de éstos se inclinan profundamente ante él, le cogen los pies uno después de otro y los aproximan á su frente.

Desde hace siglos los Todas guardan sus numerosos rebaños de búfalos, y esta es su única ocupación. Ni siquiera cultivan la tierra: las pocas legumbres que consumen se les regalan otras tribus montaraces, en particular los Badagas. Es un tributo pagado á los primeros habitantes por los que llegaron después.

No tienen afición al trabajo. Cuéntase que un Toda estuvo complicado en un robo de búfalos, lo cual obligó á las Autoridades á ocuparse de él. Fué encarcelado, y allí quisieron someterle al régimen general, esto es, al trabajo manual exigido á todos los presos. Fué imposible convencerle de que debía hacer como los demás, y la fuerza de su inercia triunfó de todos los argumen-

tos. Dícese que para cubrir las apariencias, le nombraron vigilante, á lo cual se acomodó de muy buena gana.

Tampoco les seduce la cultura intelectual. Hasta hoy los Todas han resistido todos los esfuerzos hechos para instruirles y civilizarles. Un misionero protestante quiso iniciar su educación. Tomó en su casa tres familias Todas y las mantenía sin hacerlas trabajar, á fin de tenerlas continuamente á su lado. Perdió inútilmente trabajo y dinero, y su fracaso fué completo.

Los Todas carecen de libros y de escritura. Su lengua es muy pobre. Según el Dr. Pope, es un dialecto del antiguo Canara con algunas formas tamules, corrompido á consecuencia del aislamiento de los que lo hablan, y apenas suficiente para las necesidades de un pueblo bárbaro.

Estos pastores nómadas no se reúnen en pueblos, sino en pequeñas tribus, cada una de las cuales posee, en la montaña, por lo menos dos residencias llamadas «mands.» Se trasladan de una á otra cuando sus rebaños de búfalos han agotado los pastos de un lado, ó bien cuando quieren ponerse al abrigo de los monzones del Sud-Oeste ó del Nord-Este, que azotan alternativamente las dos vertientes.

Los «mands» suelen estar compuestos de cuatro ó cinco casas, agrupadas alrededor de una «shola» ó bosquecillo de Nilgiris, en donde las rodagas, los arborescentes helechos y los rosales silvestres se entrelazan y confunden con las rugosas ramas de árboles seculares. Estas selvas protegen á los habitantes contra las ráfagas del monzón. Nunca falta por allí algún arroyuelo, que acaba de amenizar el paisaje. Los búfalos que tan preferente lugar ocupan en la vida y en el corazón de los Todas, tienen su aprisco, recinto circular de gruesas murallas de piedra, junto á las habitaciones de sus dueños.

(Continuará).

BIBLIOGRAFIA

Folleto merilísimo.—Lo es bajo todos conceptos, y es también de palpitante actualidad, el del benemérito Canónigo del Sacro Monte, fundador de las tan justamente elogiadas Escuelas del Ave María, D. Andrés Manjón. Titúlase el folleto *Las Escuelas laicas*, y en estilo claro y conciso, con argumentos hijos de su experiencia y mucho saber, especialmente en materia educativa, enseña el autor «los enormes errores, los absurdos, las indignidades, injusticias y atentados contra la educación de la infancia que supone la Escuela atea ó laica á la francesa.» Bien quisiéramos lo leyera y meditaran todos los españoles que aun saben meditar, este opúsculo que aplasta á la escuela atea que fingiéndose sin Dios es la *escuela contra Dios*. Ya que no podemos copiar íntegro el opúsculo, va á continuación uno de los últimos párrafos: «...A los hombres de buen juicio, á los que de verdad aman á Dios y á los hombres, que están dispuestos á todo por salvar á la infancia y á la Patria del mayor mal que les amenaza, hay derecho á exigirles algo más que protestas y censuras, hay que pedirles obras prácticas entre las cuales enumero: la de educar enseñando, la de fomentar y proteger á quien enseña y educa

y la de formar maestros y escuelas que sepan hacerlo como Dios manda y las circunstancias lo piden. .»

«Finalmente, á cuantos creen en Dios pido un *Padre nuestro* para que ni ahora ni nunca se deje de rezar en las escuelas de mi Patria.»

Léase y hágase leer este merilísimo folleto. Se vende á 8 pesetas el cien, y 70 el millar.

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA
PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. S. 5 Ptas.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona